CAPÍTULO VII.

III.

De cômo acabó su noviciado.

>uelto Luis al noviciado de San Andrés, muy edificado de los buenos ejemplos que habia visto en la casa, lo primero de todo dió cuenta á su maestro de novicios de todo lo que habia pasado por su alma aquellos dos meses; y luégo prosiguió con las ocupaciones y ejercicios del noviciado, con más fervor y cuidado que antes. La observancia y perfeccion de su vida era tal, que no sólo los otros no le reparaban falta, pero aun él mismo (que tan menudamente hacia reflexion de sus cosas, que parece que andaba haciendo de continuo anatomía de los más delicados pensamientos) no hallaba cosa de que reprenderse, lo cual se supo por haber ido él un dia á su maestro muy afligido de

→÷ 127 →

esto, porque, haciendo con gran cuidado el exámen de conciencia, no hallaba en sí cosa que llegase á pecado venial; y dábale este grande pena, por temer que naciese de falta de conocimiento, y recelábase si acaso habia llegado su alma á aquellas tinieblas espirituales, de que tantas veces habia oido y leido, que la ponen en gran peligro.



Milagrosa imágen de N.ª S.ª de S. Celso, en Milan, que con frecuencia visitaba S. Luis. (Véase el libro I, cap. 12.)

Bien se ve por este caso la pureza grande de su alma, pero no es tanto de espantar si se atiende á las gracias y ayudas tan grandes, que para ello tenia, de que pondremos aquí algunas. Lo primero, el cuidado grande que desde niño habia puesto en mortificar sus pasiones, y el hábito que habia ya adquirido, que parecia haber llegado ya á un modo de insensibilidad ó impasibilidad, que ni aun primeros movimientos sentia en su alma en las cosas humanas. Muchas personas, que en la Religion le trataron, afirman con juramento, que no sólo no repararon en él cosa que llegase á pecado venial, pero ni una mínima señal de cólera ó impaciencia, ni un movimiento primero de ninguna pasion. Lo cual es más digno de admiracion, por no nacer en él de insensibilidad ó frialdad natural (como dije

cidad de sus años; y así hemos de confesar que sólo nacia de la gracia de Dios, y del largo y continuo ejercicio de morti-

ficacion, con que habia adquirido hábitos tan intensos, que no dejaban salir á luz los primeros movimientos de la naturaleza.

Añadíase á esto el no gobernarse jamás por su afecto (que muchas veces hace pasar los términos de la razon), sino por

la luz y conocimiento que Dios le daba. Solia decir, que hay

gran peligro de caer en muchas faltas, cuando hay afecto á

la cosa de que se trata: por esto no se embarazaba en porfía,

por ligera que fuese, en las quietes ó conversaciones, sino decia

simplemente su parecer, y si le contradecian dejábalo: cuando mucho, en apoyo de la verdad daba alguna razon con apaci-

bilidad y cortesía; despues, si los otros porfiaban, no salia á

ello, sino callaba, como si no le tocara á él aquel punto. Ultra de esto, despedia con gran presteza de sí cualquier deseo, no

sólo indiferente, pero aun bueno y santo, si le parecia que le

podia algun tanto turbar la paz y quietud de su alma, y causarle

algun desasosiego ó solicitud demasiada: por esto gozaba de

una paz y serenidad perpetua, que por el continuo uso parece

que ya se le habia hecho connatural. Pero lo que más que todo le ayudaba, era el andar, no sólo con presencia continua

de Dios, lo cual le hacia obrar en todas sus acciones con la

mayor perfeccion que podia, sino á más de esto unido siempre

con Dios por medio de la oracion, de la cual hacia tanto caso,

como si en sola ella consistiera el alcanzar la perfeccion. Solia él decir, que, quien no es hombre de oracion y de recogimiento;

no es posible que alcance perfecta victoria de sus pasiones, ni santidad perfecta y eminente, como lo vemos por experiencia;

y que cuando en personas religiosas se ve inmortificacion, turbacion, inquietud, descontento, todo nace de no usar de este

medio de la oracion y meditacion, que llamaba él atajo para la perfeccion; y deseaba grandemente persuadir á todos esta

verdad, porque pensaba que el que una vez comenzase á experi-

mentarla, no podia jamás dejarla. Maravillábase y dolíase junta-

mente de algunos que, si alguna vez por causas necesarias no

podian tener la oracion ordinaria, se iban poco á poco olvidando

y entibiando, de suerte, que aun sin causa ni necesidad la

venian despues á dejar, por el hábito que habian hecho.

en otro lugar), pues junto con ser mozo y de complexion ₩ 129 A sanguínea, era tan agudo y pronto, que excedia mucho la capa-

CAPÍTULO VIII.

Del señalado don de oracion que tuvo.

uis era tan aficionado á este santo ejercicio, que su descanso y alegría era el tiempo señalado para orar, y de lo que experimentaba en sí tenia observados algunos documentos excelentes en esta materia; de suerte, que cuando el P. Roberto Belarmino (que ahora es cardenal) daba los puntos de la meditacion á los hermanos estudiantes en tiempo de ejercicios en el colegio Romano, dándoles de camino alguna advertencia para instruirlos en el modo de orar, solia añadir: Esto aprendí de nuestro hermano Luis.

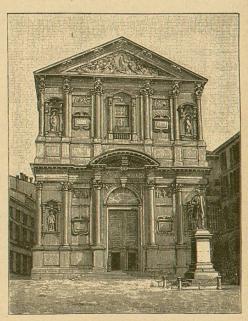
Ponia gran cuidado en aparejarse para la oracion; todas las noches, antes de acostarse, gastaba por lo menos medio cuarto de hora en prevenir y disponer los puntos que habia de meditar á la mañana: luégo el dia siguiente procuraba estar desembarazado buen rato antes que se tocase á oracion; en este tiempo se recogia, sosegando y purificando el corazon de todo cuidado y solicitud, porque decia no ser posible, si el alma al tiempo de la meditacion tiene algun cuidado, aficion ó deseo, que logre de ella que atienda bien á lo que medita, y reciba en sí la imágen de Dios, en quien por medio de la meditacion desea transformarse. Acuérdome haberle oido á este propósito traer esta comparacion: que así como el agua, cuando está alborotada, no representa la figura del hombre que se llega á ella, por estar turbia, ó por lo menos, ya que esté clara, no representa los miembros unidos con el cuerpo, sino como cortado y partido, divididos los miembros unos de otros; así el alma que al tiempo de la oracion está turbada con los vientos de sus pasiones y deseos, no tiene la disposicion necesaria para recibir en sí la imágen de Dios, ni para representar y transformarse en la semejanza de aquella soberana Majestad que contempla. En tocando á oracion, se hincaba de rodillas con la mayor reverencia que podia, y ponia suma diligencia en atender á lo que meditaba: tanto, que si se le ocurria necesidad de escupir, no se atrevia por no distraerse. Actuábase con tanta intension en lo que meditaba, que concurriendo los espíritus vitales á la parte superior, quedaban desamparados los miembros del cuerpo, y tan flacos y sin fuerzas,

que acabada la oracion no se podia tener en pié. Sucedióle muchas veces, despues de la oracion, por algun rato quedar tan fuera de sí, que no sabia dónde estaba, ni reconocia el puesto ni el camino: lo cual le acontecia más veces cuando contemplaba los atributos divinos, como la bondad, la providencia, el amor que Dios tiene á los hombres, y en particular la infinidad de Dios, que cuando pensaba en ella, era cuando más se abstraia y arrebataba.

En la oracion tenia don de lágrimas tan continuas y abundantes, que fué necesario que los superiores le diesen razones v medios para moderarlas, por miedo que le hiciese mal á la cabeza v ojos tanto llorar; si bien no le aprovechó ningun remedio. Lo que más espanta es, que de ordinario en su oracion no sentia distraccion ninguna, de que dan testimonio sus confesores, en especial el cardenal Belarmino; que es un privilegio tan grande, como podrá cada uno rastrear por lo que en sí mismo experimenta en esta materia. Nacia en él esta firmeza tan grande de la atencion, no sólo de la gracia de Dios, que con especial concurso le ayudaba, sino tambien de haber rendido con el largo uso de meditar su imaginacion, v ganado sobre ella tan grande señorío, que no le venia otra imaginacion ni pensamiento, sino el que queria, y en aquel cuando queria clavaba la atencion, de suerte, que ni oia lo que los otros decian, ni tenia peligro de distraerse. En todo el tiempo que estuvo en la Religion no reparó jamás que le fuesen en tiempo de oracion á visitar; siendo así que se visitan todos los aposentos á aquella hora cada dia en el noviciado, y en los colegios casi cada dia, para ver si están todos en oracion; que es buena señal de cuán atento estaba á su oracion, y cuán poco atendia á todo lo demás.

Tienen obligacion los de la Compañía, al principio del noviciado y despues por toda la vida, cada seis meses dar cuenta al superior de lo interior de sus almas, descubriéndoles no sólo los defectos, pero aun las gracias y virtudes, para que el superior que los gobierna, siendo informado, pueda con paternal providencia moderar los excesos, defenderlos de los engaños é ilusiones que en la via espiritual se suelen ofrecer, y guiar mejor sus súbditos á la perfeccion. Por esta via se supieron muchas cosas de san Luis, que por guardar su regla y por deseo de ser enderezado descubria á sus superiores y

padres espirituales, con llaneza y sinceridad, lo que Dios obraba en su alma: y es bien advertirlo, porque no se le haga á alguno de nuevo que él descubriese sus virtudes y gracias, pues lo hacia obligado de la regla y de la obediencia, y fuera de eso jamás hablaba de cosa suya. Dando, pues, una vez cuenta de la conciencia, y preguntándole el superior si sentia distracciones en la oracion; respondió llanamente, que si las



Antiguo templo de S. Fidel de la Compañía de Jesus, en Milan, en el cual comulgó frecuentemente S. Luis durante los ocho ó nueve mesos que vivió en aquella ciudad. (Véase el libro I, cap. 12.)

distracciones que habia tenido aquellos seis meses se juntasen, le parecia que entre todas llegarian á menos de una Ave María de tiempo.

Alguna más dificultad sentia en las oraciones vocales; no porque en ellas se distrajese, sino por no poder penetrar tan presto y con tanta facilidad el sentido del salmo ó de lo que iba rezando: pero con todo en esas mismas oraciones vocales tenia grandes sentimientos y gustos, especialmente en

los salmos, transformando su alma en aquellos afectos de que ellos están llenos. Eran á veces estos afectos tan vehementes, que no podia sin gran dificultad y fuerza pronunciar las palabras, y por esta razon, rezando como rezaba el Oficio mayor en el noviciado por su devocion, gastaba cuando menos una hora en rezar solo los Maitines. Entre las materias que meditaba, tenia particular devocion y sentimiento en la pasion de Cristo Señor nuestro, cuya conmemoracion rezaba siempre al mediodía, con una breve antifona, poniéndose delante de los ojos á Cristo crucificado; y esto con tanto sentimiento y recogimiento interior, que, como él decia, siempre á aquella hora se le representaba vivamente la hora y el tiempo del viernes de la cruz. Del misterio del Santísimo Sacramento ya dijimos los gustos y sentimientos que tenia en sus meditaciones.

Tambien tenia especial devocion con los Angeles, en especial con el de su guarda, y tenia particular gusto en meditar de esta materia, en la cual le daba Dios altísimos sentimientos, como se puede ver en aquella tan devota meditacion de los Angeles, que está en la segunda parte de las meditaciones del P. Vicente Bruno⁸ (alegada y alabada con razon por el Dr. Andres Vittorelli⁹ en los eruditos libros que hizo *De custodia Angelorum*), que toda ella en las cosas y en las palabras es de san Luis, á quien el P. Vicente le pidió aposta que la hiciese, por saber la devocion grande que tenia á los Angeles, y que conforme á ella serian los sentimientos que Dios le habria dado de ellos, y que seria bien tenerlos por escrito. Ultra de esto, hallé un papel de su mano, con un apuntamiento á propósito de los Angeles, que dice así:

Oracion de los Angeles en comun.

«Considera que estás entre los nueve coros de los An«geles, que están orando delante de Dios, y cantando aquel
«himno Sanctus Deus, Sanctus fortis, Sanctus et immortalis,
«miserere nobis; y así debes procurar hacer oracion con ellos,
«repitiendo nueve veces las mismas palabras. Al Angel de tu
«guarda te has de encomendar en particular tres veces al dia:
«á la mañana, con la oracion Angele Dei; á la noche con la
«misma; y entre dia, cuando vas á la iglesia á visitar los al«tares. Haz cuenta que tu Angel es menester que te guie,
«como á ciego, que no ve los tropiezos y peligros que hay en

«la calle, y se pone totalmente en las manos y providencia «del que le guia.» Hasta aquí son sus palabras.

Finalmente, se puede con verdad decir que toda su vida era una continua oracion, porque con la costumbre de tantos años, y tan largo ejercicio de orar y de abstraerse de las cosas sensibles, habia adquirido hábito, de suerte, que donde quiera y en cualquiera ocupacion, más estaba en lo interior que en lo exterior: antes habia llegado á estado, que apenas se servia de los sentidos exteriores, como de los ojos para ver, ni de los oidos para oir, sino que todo se estaba dentro de sí, y allí solo hallaba descanso y gusto; y al contrario, si sucedia sacarle de allí, aunque la ocasion fuese de importancia, no podia menos de sentir dolor, como si desencajaran un miembro de su lugar; y así no habia para él cosa más fácil que estarse todo el dia pensando en Dios, aun en medio de las ocupaciones exteriores, en las cuales se conservaba muy fácilmente en su recogimiento y atencion interior, y le fuera muy dificultoso el distraerse. El mismo confesó de sí una vez, que tanta dificultad sentia él en no pensar en Dios, como otros decian sentian en recoger el pensamiento para tenerle en Dios; porque mientras procuraba no pensar en Dios, era menester estarse haciendo continua fuerza y resistencia á sí mismo; y esta violencia tan grande le hacia más daño á la salud, que le hiciera el estar siempre pensando en Dios. Visitábale nuestro Señor entre dia, y aun en medio de las ocupaciones, con grandísimos consuelos, los cuales no eran sólo de paso, sino que duraban á las veces una hora y más, y le llenaban el alma de suerte, que rebosaba en el cuerpo, y parecia que se abrasaba todo, encendiéndosele el rostro, en testimonio del fuego celestial que ardia en su pecho. Otras veces se le encendia el corazon con esta llama divina, de suerte, que con una continua y vehemente palpitacion parecia que le queria saltar fuera del cuerpo.

Como su alma andaba bien entretenida con estos gustos y deleites interiores, cuidaba poco del cuerpo, y así cada dia se iba enflaqueciendo y debilitando más: el dolor de cabeza, en vez de disminuirse, se aumentaba de suerte, que los superiores, juzgando que no era posible durar mucho con aquel modo de atencion tan continua, principalmente cayendo en sujeto tan delicado y gastado de los rigores é indiscreciones pasadas, se resolvieron en quitarle de todo punto los ayunos,

las abstinencias, las disciplinas y penitencias corporales; añadiéronle tambien más sueño, y quitáronle del tiempo de la oracion, al principio media hora, despues toda, apretándole más, que ni aun las oraciones jaculatorias, que hacia muy á menudo, no las usase sino raras veces: en suma, le dijeron que cuanto menos oracion tuviese, tanto más se conformaria con la obediencia.

Diéronle á más de esto diferentes ocupaciones manuales. á fin de divertirle con ellas lo más que pudiesen de los ejercicios mentales, y que no le quedase tiempo para ellos; procuraban tambien persuadirle con razones, que le corria obligacion de moderarse para gloria de Dios, v de procurar con este fin conservar la salud; y él no tenia de su parte dificultad en rendirse y dejarse gobernar, por ser como era tan obediente y rendido, como se vió en esta misma ocasion. Porque no faltó un cierto Padre, que para su consuelo se ofreció sacarle licencia del Padre General, para tener cada dia una hora de oracion mental, dispensando en la prohibicion del maestro de novicios; pero él, viéndose muy inclinado á haber aquella licencia, con peligro de turbarse algo si se la negasen, pareciéndole que era esto contra la indiferencia que debe tener el súbdito, y contra la obediencia que le habian puesto; se hizo fuerza para no sentir aquella inclinacion, sino reducirla en todo á su indiferencia ordinaria.

La dificultad no estaba en esto, sino en que no sabia qué hacerse para cumplir con lo que le habia ordenado el superior: porque, si bien se hacia fuerza para no pensar en Dios, pero cuando menos pensaba, poco á poco se hallaba metido en Dios: v como la piedra por sí misma se va al centro, así parece que su alma naturalmente se iba á Dios; y si le sacaban de allí con violencia, luégo se volvia á su centro en hallando lugar. Y así un dia, con la pena que sentia en no poder cumplir aquella obediencia, hablando con ingenuidad con un Padre. 10 le dijo estas palabras: «Verdaderamente vo no sé qué me haga. «El Padre rector me manda que no tenga oracion, porque la «atencion no me haga mal á la cabeza, v á mí me cuesta «mayor trabajo el divertir el pensamiento de Dios, que el pensar «siempre en él. Porque esto segundo se me ha hecho ya «connatural con el uso, y no hallo en ello pena, sino reposo «y quietud. Con todo eso, haré cuanto pudiere por obedecer.»

Viéndose, pues, con este entredicho tan riguroso en materia de oracion, íbase como en recompensa muchas veces al coro á hacer reverencia al Santísimo Sacramento, y en entrando, apenas se hincaba de rodillas, cuando se levantaba y huia, porque no le cogiese allí algun buen pensamiento que le arrebatase y divirtiese: pero poco le aprovechaba su diligencia; porque cuanto él más procuraba huir de Dios por cumplir su obediencia, tanto más parece que andaba Dios tras él para comunicársele, y entre dia le visitaba muy á menudo con luces y consuelos celestiales, que le dejaban lleno el corazon. Cerraba él las



P. Aquiles Gagliardi, de la Compañía de Jesus.

De un cuadro al oleo de la Universidad Gregoriana de Roma.

(Véase el libro I, cap. 13, y nota 42; y el libro II, cap. 23, y nota 21.)

ventanas de su alma, por no recibir aquella luz y faltar á su obediencia, y con profunda humildad decia á Dios: Recede a me, Domine, recede a me. Apartaos, Señor, de mí, apartaos de mí: procurando con fuerza distraerse. Tenia tambien no poca dificultad en aplicar los sentidos exteriores á hacer su oficio, porque, en llevándole aquel pensamiento interior, no parece que podia ver ni oir cosa ninguna. Con este modo de perfeccion y santidad pasó todo el tiempo que estuvo en el noviciado de San Andrés, 11 que fué hasta el fin de octubre de 1586, con admiracion grande de los superiores que gobernaban su alma, y con igual provecho y edificacion de sus connovicios, que á porfía procuraban tratarle y comunicarle, por el provecho que sacaban de sus palabras y ejemplos.